



Antes del futuro imperfecto
Autor: Medardo Fraile
Editorial: Páginas de espuma
Lugar y año: Madrid, 2010
Páginas: 192

INSTANTES ROBADOS AL OLVIDO

La editorial *Páginas de Espuma* hace llegar a nuestras manos una nueva colección de relatos breves de Medardo Fraile. El autor, como en otras ocasiones, utiliza su pluma (o su teclado), el verbo, a modo de escoplo con el que surtirnos de virutas de realidad que echarnos al colete. Decía Ortega, allá por 1925, cuando indagaba los intrínquilis de la deshumanización del arte nuevo (ahora ya un tanto raído), que tres eran, entre sus contemporáneos, los escritores que alcanzaban el sublime de lo microscópico cotidiano: James Joyce, Marcel Proust y Ramón Gómez de la Serna. Nuestro autor sigue esta estela: la historia, la situación, el paisaje y el paisanaje, todo se subordina al detalle: "Una luz ceniza ponía

cardenales cambiantes a las cosas, amenazaba con una ley mesiánica de aburrimiento, de soledad, con horas indefensas interminables, húmedas, tronadoras, monótonas, que enmarcan el quehacer diario de tristeza. Un día de bombillas prematuras, para que el vestíbulo se llenase de madres alarmadas, con su parloteo, los paraguas y los impermeables. Un día como una inexplicable, inmensa humareda que enrojeciera de soledad los ojos."

No se trata de narración ni de descripción, sino de pequeños desarrollos de lo minúsculo. Ahora bien, estas indagaciones narrativas, estos escudriños de lo corriente (a veces vulgar, a veces excelso) no buscan, ni por asomo la deshumanización, todo lo contrario, son semblanzas de ángeles fieramente humanos, diríase que su objeto es una perplejidad ontológica ante el hombre (también, ante la mujer) y su palabra. Son pormenores que el tiempo borra como los niños borran del encerado las palabras de Don Millán, maestro de escuela que protagoniza un cuento de la primera parte del libro: "Se quedó solo, poniéndose los guantes, pensó: «ni siquiera me han borrado despacio». Miraba la pizarra negra, rectangular, como un hueco preciso, hondo, oscuro. La pizarra en silencio. Él estaba

escrito en ella y ahora borrado".

Otro ejemplo es la reseña que hace, en dos de las últimas páginas del volumen, del primer texto que documenta el saludo inglés *How do you do?* Son palabras, pero a nuestro autor le interesa captar el impacto emocional que tienen en los dos personajes que las dicen —y las sienten—, Mr. Cripps y Mr. Sullivan. El Sr. Fraile rescata de las fauces del tiempo la experiencia del breve instante en el que los dos, gracias a estas cuatro palabras, se deslizaron con las palmas de sus almas sobre la rugosa superficie de la realidad; y, al palparla, pensaron; y, al pensar, existieron; y, al existir, pesaron sobre el mundo, mirándose fijamente, el uno al otro, en el fonema de sus ojos, espejo del alma, el uno del otro: perplejidad de los personajes ante sus palabras, perplejidad del autor ante sus sentimientos; perplejidad de todos ante cómo vivimos la realidad a través de las voces de la tribu y del Otro, y de sus sentimientos. En estos cuentos vemos nuestra humanidad, perdida en el tiempo, atrapada en el lenguaje, rescatada en la instantánea que queda atrapada en el microrrelato.

No son cuentos ni surrealistas ni «irrealistas», todo lo contrario, practican la literatura de la «lombarda azul del plomo», que diría Ramón

Gómez de la Serna. Se trata de darle la vuelta a las palabras con las que pesamos la realidad o a la realidad que pesa en nuestras palabras, pues como dice uno de sus personajes: "las pienses tú o no las pienses, unas cosas pasan y otras no, pero las que no pasan también las llevamos dentro, también nos pasan... Ten lo muy en cuenta..." Al fin y al cabo, nuestra realidad son recuerdos de un futuro imperfecto, donde, a la espera de Ulises, o de Joyce, o de Godot, o de Cristo, tejemos y destejemos nuestra vida a base de vocablos, de raíces, de lexemas y, finalmente, es difícil discernir si fue sueño o realidad, si pasó o no, pero, en cualquier caso, «todo lo llevamos dentro».

Estos cuentos no se caracterizan ni por la construcción perfecta de la trama, a modo de Cortázar, ni por tramar la plasmación de un pensamiento o paradoja filosófica, al de Borges. Tampoco son cuadros costumbristas ni articulaciones míticas del inconsciente colectivo de la tribu o de la especie. El autor, más que narrar anécdotas de la vida de sus personajes, sopesa la entidad de su naturaleza liminal, contingente, verbosa... Es la historia, entre el sol y la sombra de Fabián que, mal casado y enamorado de la mujer del narrador-protagonista, (mal) vive en el pentágulo cariñoso

de su relación, por un lado, con su mujer y su suegra, por otro, con el narrador y su esposa y, finalmente, con Lupe-María, un amor frustrado. La historia simplemente se perfila a vuelo de pluma para que el autor pueda hacernos ver la existencia de este personaje o, más bien, su inconsistencia, su volátil fragilidad; esa es su sorpresa y con ella nos sorprende y nos atrapa y le damos vueltas sin poder precisar claramente qué pensamiento o palabra se nos escapa volando por la puerta sin haber, siquiera, acabado de entrar por la ventana.

Sin ser historias de un personaje único, estas divagaciones narrativas se ubican en tres cronotopos distintos: la escuela-infancia, la universidad-juventud y la ciudad-madurez. Sin cambiar demasiado ni la técnica ni el objeto (de los que ya hemos hablado), sí cambia el tono, que, lentamente, evoluciona de lo tierno a lo desengañado, desde el apego inmaduro e indefinido que el señorito Kelele siente por su chacha, "a veces la muchacha saca un pañuelito con flores y, briosamente, le estruja la nariz. Él no se mueve y, cuando ella ha terminado, la mira con amor remoto, dulzón, perruno", hasta, alguien, un protagonista hecho de la ceniza de las sombras de los sueños, que, derrotado por la noche, "abrió

los párpados y no halló otra cosa en que poner los ojos, que no fuera recuerdo del olvido."

Gonzalo Martínez Camino